

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción. En la Península: Un mes, 150 ptas.—Tres meses, 450 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id.—Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales: París, Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31, Faubourg Montmartre.—Mr. George B. Fiske, 21-Park Row, New-York.—La correspondencia al Administrador.

De interés local

Preparando el estrépito

«La Tierra» finge hoy un alborozo, que está muy lejos de sentir, porque han salido incógnitos de la Junta municipal los disparatados presupuestos del Bloque.

Ese resultado, sin embargo, sería motivo para todo partido serio, de muy hondas preocupaciones. Porque de 88 vocales que componen aquel organismo, solamente 7 ó 8, entre Concejales y asociados, han concurrido a un acto tan trascendental y serio generalmente.

Y aun de entre esta escasa concurrencia, las opiniones más autorizadas, los votos de los dos asociados que por razón de su carrera y de sus relevantes dotes personales, tienen positiva pericia en asuntos administrativos, fueron adversos á la obra económica más disparatada que ha podido ofrecerse á la resolución de la Junta municipal, desde que fué creada por la ley.

Si nosotros nos dejáramos llevar por el deseo de que se mostrase á la consideración de Cartagena, en todas sus graves consecuencias el resultado de esa obra torpe é ilegal que entraña el loco presupuesto del Bloque, conspiraríamos para que fuese sancionada por el Gobernador civil de la provincia. Pero esto que por imposible tenemos, aunque se atribuya á aquel funcionario, la más extremada adhesión ó benevolencia á los hombres que tan bajo van poniendo la seriedad y el crédito de nuestra ciudad, aparejaría profundos disturbios á mas de un desorden económico en nuestro municipio, del que muy difícilmente podría salir y reponerse. Porque esta quietud ó pastividad en que ahora se mantienen todas aquellas modestas clases, sobre las que pesaría abrumadoramente el reparto vecinal, se trocaría en protesta y resistencia porfirada y peligrosa, contra éste. Y así para librarse de este escollo, nuestros administradores, desconociendo preceptos legales, vigentes y bien claros, derivará el reparto hacia las otras clases, de más rango económico, que justamente se consideran

exentas de él, también surgiría la protesta, si menos ruidosa, más sólida y eficaz, que al fin enterraría por completo el reparto en la realidad, dejando el presupuesto municipal con su déficit de cerca de 1.300.000 pesetas.

Muy grande es la ignorancia y mayor el desahogo de estos directores improvisados de la administración de Cartagena. No sería por ello extraño que creyeran con una sinceridad rigida por su torpeza, en la procedencia de ese reparto. Pero las sospechosas insinuaciones que en el mismo artículo que esta mañana publica «La Tierra», se hacen apropiado de las principales consecuencias del presupuesto municipal con respecto al impuesto de consumos, autorizan la creencia de que estos desatentados revolucionarios pueblerinos buscan ó preparan en el paroxismo de su despecho y de su impotencia, perturbaciones y conflictos cuyo ruido ahogue y disimule el estrépito de su fracaso.

Los detalles de esa preparación, son los muy gastados de siempre. Atribuir á los demás, estados de pasión é estímulos del egoísmo que ellos solos son capaces de mantener y de sentir.

Se extrema una fingida seguridad en la aprobación del presupuesto, para que, si esto no ocurriera, surja más fuerte la impresión de sorpresa y contrariedad en los inconscientes é ilusos y se produzca el desorden ante la permanencia del impuesto de consumos, que es, en la parte correspondiente al Estado, intangible para el Ayuntamiento, quien á lo sumo, y bien deben saberlo ellos, hubiese podido llegar á la supresión del recargo municipal que las leyes autorizan sobre él, si la fuente única de compensación, la potencia contributiva del vecindario respecto de los demás arbitrios, no estuviese agotada, según opinión suya.

Por eso es inicuo que se quiera imbuir á la ignorancia, la halagadora visión de los consumos suprimidos en 1.º de Enero, con el detalle de la

presencia del Alcalde en los felatos advirtiendo y conjurando al vecindario á que no pague el impuesto, ni siquiera en la parte que al Estado corresponde.

Y es intolerable que con artes tan peligrosas y aun inmorales, se procure remover todos los sedimentos de inconsciente rebeldía y de ciegos egoísmos que inspiran la aversión innata del contribuyente español, á toda exacción.

Si el conflicto surge por todos esos ilegítimos recursos que en su preparación utilizan los primeramente llamados ó sostenidos el orden, sepan las autoridades provinciales y centrales, que el responsable de las consecuencias de todas clases que sobrevengan, se sienta en la presidencia del Ayuntamiento por la voluntad y con la delegación del Gobierno.

Es el Alcalde D. Alfonso Apolinario Carrión.

Al director de «La Tierra»

En el número de hoy, publica ese periódico un suelto, en el que su Director se congratula de que una persona, con nombre y apellidos, se haga responsable de un artículo que publicó.

El Eco de Cartagena.

Si el Director de ese periódico hubiese procedido siempre lo mismo y al encontrar, en cualquier artículo por nosotros publicado, algo molesto ó inexacto, hubiese demandado en forma el nombre del autor, siempre hubiese encontrado el verdadero responsable, con su nombre y apellidos, tan honrados y respetables, como los de don Joaquín Payá y López.

Ya sabe el procedimiento; en lugar de insultar é injuriar á mansalva, pida el nombre del autor de cuanto se publique, que será servido con colmo.

LA CRISIS

Madrid 24 9 m.

La prensa afirma que el Gobierno está en crisis desde hace varios días. El nuevo ministro de Hacienda será Alvarado.

En el Gobierno entrarán los mercedistas Gasset, Suárez Inclán y Villanueva.

Alba será designado para un alto cargo.

¡Se estrenó!

Telefonema... sin hilos

¿Ustedes no conocen la emoción pura y virginal de una joven que por primera vez asiste á un baile?

¿No comprenden la psicología de la recién casada, que toda rubor y angustia placentera, espera en el momento nupcial, la llegada de su bien amado?

¿No han sufrido las torturas del que va á examinarse, limpio como una patena y haciendo oposiciones á unas calabazas, tan calabazas, como un repartimiento general?

Pues si no conocen, ni comprenden, ni sufren todas esas sensaciones juntas, no pueden formarse idea de la situación del Sr. García Vaso, cuando en el secreto, del sitio más reservado del Congreso, le desata á su antiguo y futuro corregidor, D. Emiliano Iglesias.

¿Sáqueme usted á bailar!

Y este buen señor. Autoridad nada sospechosa en gacetarios municipales, como acaba de demostrar en el Congreso, con el Visto Malo de don Gumersindo de Azeárate y Pablo Iglesias, se adelantó á las candelillas y dijo:

Señoras y señores: En el Ayuntamiento de Barcelona, digo, en el de Cartagena, se ha celebrado atrocidad; yo no lo sé, pero algo de eso me ha dicho un joven tímido, que aunque es de profesión Diputado á Cortes, por cortado no se atreve á presentarse él mismo; ahorita vendrá, en cuanto se apriete el punto que se le ha soltado y ya veréis canela rosa; por lo pronto y por hacer algo, pido, que me traigan á la Cámara todas las partidas de bautismo legalizadas de los habitantes de Cartagena; un plano de cada casa; una copia certificada del archivo municipal y una fototipia del Alcalde de ahiparase.

Y se sentó, para esperar sentada la llegada de sus pequeños que él había pedido.

Y cuando se abrió ese notable discurso, envió recado al Sr. García Vaso, que en el sitio reservado, esperaba ansioso que le aludieran.

Y el ujier llegó y le dijo: «Su señoría ha sido aludido.»

«Ata... qué? pregunté el joven debutante.

Aludido por el Sr. Iglesias (don E.) que dice que se presente V. S. sin miedo.

¡Miedo yó!, exclamé don Pepito, ¡está ahí Maura?

«¿Cuál de los dos? Don Antonio ó don Gabriel?»

Quién ha de ser: don Antonio, el grande, el terrible, el inmenso.

Pues no ha venido; está constipado.

Suerte tiene, ¡vive Maestrel!, porque estaba dispuesto á tritararlo; yo necesito coqueos.

Si le es igual á V. S., ahí está don José Canalejas.

No, exclamó don Pepito: con éste, todavía estoy bien y no quiero hacerle pupa.

(El ujier se sonrió respetuosamente y ayúdalo al joven diputado á ponerse en su sitio los calzones).

El diputado que iba á debutar, nuestro diputado, penetra en el salón de sesiones y se dirige derecho y sin vacilar á ocupar su puesto.

Su andar y su aire en aquel momento, era el de que ha bebido dos copas de más y no quiere que se lo noten.

La emoción es muy natural en esos casos, aunque se la quiera dar uno de Traga-Mauras.

Llega á su asiento, se sienta, se levanta, dice con voz trémolante: «Pide la palabra» y cae pesadamente sobre el rojo escaño.

Cuando el Presidente, dice: «El señor García Vaso, tiene la palabra», éste se la busca y no se la encuentra; mira en todos lados á ver si están allí sus amigos, los del Bloque, los de «La Tierra» y se encuentra solo; así se serenó, se levanta y páldo como el suspiro de un moribundo, dice:

«Se... se... se... se... res D... puta... puta... des: Peer... peer... peer... mitidme que os salu... salud... salud: yo meo... meo... meo... meo... de Cartagena ya que he sido... sido... sido... dido por Igle... Iglesias: ya me voy tran... tranquilizando y para demostrar que soy un héroe, ó dos héroes ó tres héroes, quiero medir mis armas con el Sr. La Cierva. (Signo de extrañeza de este señor, que pregunta: ¿quién es ese? el chico del Bloque; le contestan y don Juan se queda sin saber, quien era aquel valiente). Todo cuanto yo tenía que decir de Cartagena, lo ha dicho el señor Iglesias, que me ha aludido, así yo sabiendo, sin que yo se lo haya dicho: para que yo discuta, necesito que el Sr. La Cierva, que creo que es amigo de algunos señores de Cartagena ó el Sr. Obispo de Sién, que casó á un conservador de mi pueblo ó Bombita

que es el Rey del Torero y que se escribe con un cuemigo del Bloque, se pongan frente á mí, para que yo les haga polvo. Si hubiese hablado antes de este asunto, hubiera sido prematuro; sólo llevo nueve meses escasos de Diputado y no quisiera abortar... la discusión, (Dos maceros se retiran con un ataque de hipo; ¿cuánto se había reído!)

El Sr. La Cierva, contesta á D. Peppé García y le dice: «Mi joven compañero: Está usted mechales; ¿á que viene usted á hacerme cosquillas en la punta de la nariz? ¿me comprendes que de un papirotazo, lo mando á usted a... Bloque? cálese y no diga tonterías y déjenos discutir á las perasnas mayores: He dicho.»

Epílogo: José de Cartagena á sus lectores: «Ayer hice su debat parlamentario mi excelso amigo García Vaso: ni Cicerón, ni Demóstenes, ni el Chico de la Blusa, han pronunciado una oración... fúnebre, como la pronunciada ayer, por mi otro yó: la Cierva, se asustó y se metió en el papirote: Canalejas cambió de color, y exclamó: ¡Este me releva!; Maura salió enseguida para Palma de Mallorca, huyendo del coloso cartaginés (no confundirle con el enano japonés); la cámara presentaba el aspecto de las grandes solemnidades; en la cámara todos contenían el aliento para no perder una sílaba de aquel discurso que será esculpido en habuchas morunas, al principio estuvo vacilante, premio; pero luego estuvo peor, se creció y se ganó la oreja: ¡ya tiene tiral! Ha sido proclamado el mejor parlachín del Reino, por la cámara.

¡Camará, qué suerte y qué estrenó! ¡Se ha lucido!

La agencia Chunga y C.ª

La miseria

Madrid 24-9 m.

En la calle de la Cabeza, los guardias encontraron tendido el suelo á un hombre de unos 30 años de edad, víctima de inanición.

Falleció antes de llegar á la Casa de Socorro.

Se ignora su nombre.

DE SOCIEDAD

En el correo de hoy ha regresado de Madrid, nuestro respetable y querido amigo D. Joaquín Payá, diputado á Cortes por Cleza y director del Banco de Cartagena en esta Ciudad.

Bien venido.

Sin embargo, no tuve valor para hablar, y guardé el más profundo silencio.

En tales circunstancias, mi tío, aprovechando una momentánea mejoría, quiso dar una gran cascabele.

Desde la visita del trapense parecía haber vuelto á la vida.

Teñía la fuerza y obstinación de la raza, y al más ligero estímulo de su energía volvía momentáneamente el calor á su sangre embotada.

Como insistiese mucho en su proyecto de la carrera, Edmunda se resolvió á organizarla. Ella tomaría parte también.

El viejo era muy feliz viendo caracolear el caballo de su hija en torno de su carruaje. Decidióse que yo montaría á caballo para escoltarla y el abate acompañarla á mi tío en la berlina.

Todos los cazadores de la Varenne fueron convocados á esta solemnidad. Preparóse una gran comida para el regreso con abundancia de pasteles y vino.

Marcasse, mi administrador en la Roca de Manprat, que tenía grandes conocimientos cinegéticos, se pasó dos días enteros tapando madrigueras.

Algunos colonos de las cercanías, interesados en la batalla, ofreciéronse á ser de la partida; y

yegua negra, cuyos pies volaban sin hacer ruido ¡sobre el musgo! Olvida la casa y todo lo demás.

Sólo ví á Edmunda. Una nube pasó por mis ojos; ya no ví más.

Continuaba corriendo; encontrábame en un estado de demencia muda, cuando de pronto se paró.

«¿Qué hacemos?» me dijo.—No oigo ya el ruido de la caza. No hemos separado demasiado á la izquierda.

«Todo lo contrario, Edmunda—le contesté sin saber lo que hablaba.—Una carrera más y estamos allí.

«¿Qué sofocado vienes—me dije.—Pero ¿cómo pasáramos el río.

«Puesto que hay un camino, también habrá un vado, le contesté.

Sentíame poseído todavía de la rabia de correr; llevaba una idea; la de emboscarme más y más con ella en aquel monte. Edmunda hizo un gesto de impaciencia.

«Estos bosques están malditos; siempre me pierdo en ellos—dije.

Seguí maquinalmente á Edmunda hacia el río. De repente la vida al otro lado, y me enfurecí al ver que su cabalgadura era más ágil y valiente

tras que su caballo, excitado, llevábala con la rapidez del relámpago.

«Edmunda!—le grité—no corras tanto. Te va á suceder una desgracia.

«Déjame correr—me dijo alegremente.—Mi padre me lo ha permitido.

Déjame tranquila.

«Pues te seguiré. Tu padre me lo ha mandado.

Si te sucede alguna desgracia participaré de ella—le dije.

«Por qué me analizaban estas ideas cuando tan acostumbrado estaba á ver á Edmunda correr á caballo por los montes? Lo ignoro. Encontrábame en un estado muy extraño; el calor subía á mi cerebro y mis nervios se hallaban excitados. No me había desayunado por hallarme algo indispuesto, al partir, y para sostenerme, en ayunas había tomado dos tazas de café con tom.

Sentía como un espanto invencible. ¿Por qué era aquéello? Al cabo de unos instantes, este espanto cedió á un sentimiento de amor y de alegría.

La excitación de la carrera llegó á ser tan viva, que me imaginé no tener más objeto que perseguir á Edmunda.

Veía huir delante de mí con la ligereza de su